

EL PRINCIPITO

BICICLETAS QUE VUELAN EN EL ESCENARIO

JOSÉ LUIS GÓMEZ /INMA NIETO

FOTO: ROS RIBAS

El principito parece el título de un cuento infantil. No lo es, sin embargo. Es otra cosa. ¿Pero qué? En la nota de la contraportada de una de sus numerosas ediciones, su anónimo redactor lo califica de fábula sobre el regreso a su añorado planeta de los hombres que habían sido expulsados de él. Para otros es la historia del descubrimiento de un mundo vasto y desconocido. En realidad, ha sido objeto de tantas interpretaciones como lectores ha tenido, que han sido millones en los pocos más de sesenta años transcurridos desde que

Saint-Exupéry lo escribiera. Así, el viaje del pequeño príncipe a la Tierra desde el asteroide en el que habita, incluidas las sucesivas escalas en otros planetas, ha sido explicado de las más diversas maneras: canto a la amistad, denuncia de la estupidez humana, reivindicación de la sabiduría innata que se va perdiendo a medida que crecemos y nos hacemos adultos, cuestionamiento de la importancia de las cosas que nos parecen importantes porque nos lo han hecho creer así, expresión del sentimiento de tristeza que nos invade cuando recordamos la niñez perdida... A la postre, una serie de lecturas que se resumen en una sola: nos hallamos ante una reflexión en torno a la naturaleza de la existencia.

La adaptación para la escena de

El principito

no excluye ninguna de las citadas interpretaciones, pero invierte el sentido del viaje, lo que nos permite abordar la cuestión desde otra perspectiva. Lo que en

Saint-Exupéry

es un viaje de iniciación, como lo fue el del

Candido

de

Voltaire

o el

Cambicio

de

Nieva

, aquí es de despedida. En efecto, el

principito

, que, ya no es un niño, sino un anciano que carga con una vieja maleta, prepara su retorno

hacia un firmamento salpicado de estrellas. Lo hará en bicicleta voladora acompañado por el aviador. Nos dice adiós para siempre dejándonos un mensaje claro, que alivia nuestra tristeza y nos emociona. Puesto que su destino no es lo desconocido, sino el lugar en el que habitó antes, lo emprende sin miedo. Sabe, y nosotros lo adivinamos, que, a su llegada, no encontrará tinieblas, sino un espacio lleno de luz. Nos ofrece así una mirada amable y tranquilizadora sobre la muerte.

Esa alusión a la muerte nos remite al universo beckettiano, en especial al de *Esperando a Godot*

y
Final de partida

Es un parentesco que no estableceríamos en el relato del escritor francés, pero que vemos con meridiana claridad en esta representación escénica. También está presente el mundo del circo. Nos lo recuerda el círculo de tela que recrea la pista en la que actúan los artistas. La vestimenta, el maquillaje y la gesticulación de los actores convierten a los personajes en entrañables *clowns*.

En ese escenario y de esa guisa, muchos de sus diálogos y acciones son propios de los espectáculos circenses. Aquellos plantean situaciones absurdas que, al tiempo que arrancan sonrisas, producen cierta tristeza. Estás incluyen intercambios de ropa entre los personajes; empleo de disfraces que permiten al que hace de aviador transformarse en flor y en otros seres y objetos que aparecen en el relato; y números realizados sobre bicicletas que giran alrededor de la pista simulando un vuelo sin que las ruedas despeguen del suelo.

Para hacer realidad esta función mágica,

José Luis Gómez

ha solicitado el concurso del italiano

Roberto Ciuli

, director del

Theater an del Ruhr

, del que conocemos su puesta en escena de

Kaspar

,

de

Handke

, representada hace un año en

La Abadía

. La elección quedaría sobradamente justificada por su prestigio en la escena europea, pero el motivo principal es que hace algunos años protagonizó su propia versión del texto de

Sain-Exupéry

, la cual entusiasma a

Gómez

. Ignoramos si la que ahora se ofrece difiere mucho de aquella. Lo que sí sabemos es que en

ambas está muy presente la biografía del escritor francés, que retrata una infancia feliz, su vocación aventurera, la decisión de ser piloto y un sinfín de episodios amargos difíciles de imaginar en quien fue capaz de crear una criatura de ficción tan entrañable. Entre ellos, unas tormentosas relaciones matrimoniales, su afición a la bebida y su desprecio por la vida, que carecía de sentido para él. En el programa de mano se informa de estas cuestiones, algunas de las cuales han sido incorporadas con inteligencia a la puesta en escena, convirtiéndose en un inapreciable valor añadido. Así, entendemos por qué el principito adulto lleve consigo una botella de anís. Y la presencia de las bicicletas, un hallazgo genial. Adquiere todo su sentido cuando sabemos que, siendo niño, puso alas a la suya e, imaginando que el jardín familiar era una pista de despegue, intentaba elevarse en el aire a golpe de pedal.

Es probable que las diferencias entre los dos montajes, en caso de que las haya, se refieran a la interpretación, favorecidas por el hecho de que, en los ensayos, ha sido muy importante la improvisación de los actores. La personalidad de

José Luis Gómez

anima a pensar que sus aportaciones han sido determinantes. Pero lo que al espectador le importa no es tanto el proceso creativo como los resultados. En alguna ocasión hemos calificado sus trabajos como actor de auténticas lecciones magistrales. La que ahora imparte también lo es. Sobrio en el gesto y en la voz, ésta es ora vehículo de la nunca colmada curiosidad infantil y expresión de su egoísmo, ora manifestación de las mudanzas de ánimo que experimenta el personaje. Conmueve. También lo hacen el lenguaje elocuente de su cuerpo y sus silencios.

A su lado, una

partenaire

de lujo:

Inma Nieto

, que hizo sus primeros papeles, ya avanzados los años noventa del pasado siglo, en los entremeses cervantinos y en

Retablo de la Avaricia, la Lujuria y la Muerte

,

de

Valle

, representados en

La Abadía

bajo la dirección de

José Luis Gómez

; que pasó luego por el

Micomición

de

Laila Ripoll

y volvió a trabajar de nuevo a las órdenes de

Gómez

en 2004 en

El rey se muere

.
Ha sido acertada su elección. Su interpretación del aviador, que se transforma sucesivamente en rosa, zorro, serpiente, rey y demás seres y objetos que aparecen sobre el escenario, es un compendio de travesuras, complicidades, guiños divertidos, perplejidades, encuentros y desencuentros, frustraciones, sueños... Un regalo para un público cómplice que de buena gana se iría tras la pareja de cómicos cuando hacen mutis por el foro

FOTO: ROS RIBAS

JOSÉ LUIS GÓMEZ / INMA NIETO



Más información

[El Principito. Saint-Exupéry/Ciulli-Gómez.](#)
[El Principito. Saint-Exupéry. Ciulli-Gomez. Entrevista](#)

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

Copyright©lópezmozo



Teatro de la Abadía

Dir. C. Fernández Luis Gómez Ríos, 42 28015 – Madrid – Tel.: 91 448 16 27
Fax: 91 448 16 202

Localidades: Taquilla (Tel.: 91 448 16 27)

Tel. Pagaduría: Caixa Cultural (Tel.: 91 448 16 12)

Prensa: prensa@teatroabadia.com

